

# El niño envuelto

Elsa Bornemann

Ilustraciones de Sebastián Dufour









[www.loqueleo.santillana.com](http://www.loqueleo.santillana.com)

© 1981, ELSA BORNEMANN

C/O GUILLERMO SCHAVELZON GRAHAM AGENCIA LITERARIA

www.schavelzongraham.com

© 2000, 2015, EDICIONES SANTILLANA S.A.

© De esta edición:

2015, EDICIONES SANTILLANA S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)

Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-4349-4

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: octubre de 2015

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA

Ilustraciones: SEBASTIÁN DUFOUR

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN

Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHURRILLAS Y JULIA ORTEGA

Bornemann, Elsa Isabel

El niño envuelto / Elsa Isabel Bornemann ; ilustrado por Sebastián Dufour. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2015.

184 p. : il. ; 20 x 14 cm. - (Naranja)

ISBN 978-950-46-4349-4

1. Literatura Infantil y Juvenil. I. Dufour, Sebastián, illus. II. Título.

CDD 863.9282

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ESTA PRIMERA EDICIÓN DE 4.500 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL MES DE OCTUBRE DE 2015 EN ALTUNA IMPRESORES S.R.L., DOBLAS 1968, CIUDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA.

# El niño envuelto

(Cuentos sin cuento para chicos de 8 a 13 años)

Elsa Bornemann

Ilustraciones de Sebastián Dufour

loqueleq



*A Pilar y Agustín Domenech,  
quienes –con tanta comprensión  
y alegría– permitieron que me inspirara  
en la hermosa vida de su hijo Andi.*

*Y a Peter Pan.*



## I. PRIMERA AVENTURA

Lustró su vehículo con una gamuza, pateó cada una de las gomas para comprobar si no les faltaba aire, controló –¡tuuut, tuuut!– el sonido de la bocina y se dispuso a conocer el mundo que se extendía más allá de su barrio.

Puso en marcha el rodado.

Mientras partía de la vereda de su casa miró a través del espejito retrovisor: las baldosas familiares se alejaban cada vez más y él estaba contento.

No se escapaba de su casa, no. No tenía ningún motivo para hacerlo: Andrés quería mucho y era muy querido. Simplemente, ese domingo se había despertado con ganas de viajar y el impulso de las ganas le había hecho olvidar de que lo correcto era avisarles a sus padres, pedirles permiso.

Aceleró. Ya estaba en territorio desconocido. No había visto antes esas vidrieras, ni aquellas chimeneas, ni esas bocacalles, ni a aquel señor, que lo miró con cierta inquietud cuando Andrés pasó a su lado. ¿Se habría dado cuenta de que aún no tenía registro de conductor? Mejor no averiguarlo. Por las dudas, Andrés imprimió más velocidad a su vehículo y se perdió en el agitado mediodía.

A la media hora de no verlo —ocupada como estaba en la preparación del almuerzo dominguero— su mamá se alarmó y comenzó a buscarlo por las casas de algunos vecinos:

—¿No han visto a Andrés? ¿Dónde estará mi hijo? —y el llanto de la señora Pilar conmovió el barrio.

Más tarde, fue a la seccional de policía próxima a su domicilio, acompañada por su esposo.

—¡No fue un descuido, agente! ¡Andrés siempre me dice adónde va! ¡Lo habrán raptado!

Dos patrulleros salieron, de inmediato, a recorrer la zona en su busca. Los hombres se dividieron en grupos y revisaron cuidadosamente las obras en construcción, el deshabitado jardín de la escuela, el terreno baldío, la playa de estacionamiento clausurada por re-facciones...

Entretanto, Andrés continuaba —alegremente— su viaje de descubrimiento.

Ese domingo era una ventana abierta sobre el mundo y él sentía un pequeño sol ardiéndole dentro del pecho, un solcito tanto o más cálido que el que lo iluminaba desde el cielo. Ese domingo era un río transparente que lo arrastraba, produciéndole una alegría nueva, tan distinta...

—¡Eh, jovencito! ¿Adónde va usted? —Un vigilante lo detuvo resueltamente. Andrés intentó seguir su marcha pero no pudo. Una mano del señor sujetó el manubrio de su triciclo y la otra el tirador de su ma-meluco.

—Conque escapándose de casa, ¿eh?

La ventana de ese domingo se cerró de golpe.

Andrés no pudo explicar por qué había recorrido tres kilómetros en su triciclo... Fue devuelto a sus papás, que lo abrazaron lógicamente desesperados:

—¿Por qué, hijito, por qué te escapaste?

—No me escapé... —y besó con todo su afecto al papá y a la mamá, muy compungido por haberlos hecho preocupar sin querer.

Y nada más.

Claro: Andrés no sabía cómo poner en palabras ese río de la libertad que lo había arrastrado...

Claro: Andrés tenía solamente dos años...

## ANDRÉS Y YO

Al día siguiente lo conocí. Leí en el diario la noticia de la insólita aventura del muchachito y así me enteré de que vivía en el mismo edificio de departamentos que yo. Ah, las modernas torres... Qué incommunicados unos con otros los que en ellas vivimos... Apenas si nos encontramos, a veces, con los vecinos al usar los ascensores... Apenas si cruzamos un buenas tardes o buenas noches... Apenas si nos reúne –de tanto en tanto y a unos pocos– una aburrida reunión de consorcio...

Tuve que enterarme por el diario de que ese “Bebé con futuro”, del que hablaba risueñamente el artículo y que se llamaba Andrés Domenech, era mi vecinito. Único hijo de la familia que vivía unos pisos más abajo que yo.

No pude resistir la tentación de conocerlo personalmente.

La familia Domenech me recibió con gran amabilidad y –desde entonces– nos hicimos amigos.

Les conté que yo era escritora, que me dedicaba casi con exclusividad a la creación de libros para niños y adolescentes y que –por lo mismo– me había interesado doblemente la aventura corrida por el pequeño.

A partir de ese día, pasaron años. A partir de ese día, Andrés se convirtió en mi “sobrino postizo”. Mi corazón lo adoptó, encantado, y, encantado, el suyo me adoptó a mí. Por eso, a lo largo de todo este tiempo, lo vi cambiar los dientes, empezar la escuela primaria, crecer... crecer... y comparto con él largas charlas cada vez que me visita. (Eso cuando no se aísla sobre la alfombra de mi cuarto de trabajo con algún libro de mi biblioteca... o cuando no juega con mi perrita Yoi-Yoi...)

La semana pasada le pedí autorización para volcar episodios de su breve vida en un libro. ¡Es que Andrés tiene cada ocurrencia! ¡Es tan inteligente y sensible! La idea lo maravilló:

—¿Me vas a transformar en un personaje como Pinocho?

—En un personaje, sí —le aclaré—, pero nada que ver con Pinocho. Voy a contar exactamente ciertas cosas que me confiaste y trataré de hacerlo como si Andrés Domenech mismo fuera el que las cuenta. ¿Te parece bien?

—¡Vamos! ¿Qué estás esperando para empezar a escribir? —exclamó, entusiasmado.

Y comencé. Y seguí. Y transcurrido un mes terminé con este libro que hoy llega a tus manos y que espero que te guste mucho, mucho.

Tanto como a Andrés, que fue el primero que leyó los borradores, me hizo correcciones, me sugirió agregar ciertas partes o suprimir otras... En fin, que casi lo escribió él.



## II. EL NIÑO ENVUELTO

¿Cuál es el oficio más difícil?  
¿Albañil? ¿Maestro? ¿Carpintero?  
¿Astronauta? ¿Periodista? ¿Deshollinador?  
¿Abogado? No, no y no. El oficio más difícil es el de ser chico. Si dudan, escúchenme a mí. Yo soy Andrés, y así me llaman mis padres cuando me retan; si no, me dicen Andi, tal como mis amiguitos. Para mi abuela –según su estado de ánimo– soy “nene”, “tesorito” o “diablo”. La tía Ona alterna entre “mi ángel” o “monstruito”, ya sea si ella decide que me porté bien o mal. Mi tío Lucas varía solamente con “pibe”... Mi maestra me grita: “Domenech” o me dice Andresito. Domenech lo usa para reprenderme, como si los apellidos pudieran sonar como bofetadas... Raro, ¿no?

Como supondrás, nunca estoy seguro del modo en que van a llamarme, porque nunca entiendo con claridad lo que mis mayores piensan. Me pregunto si te pasará lo mismo, si sentirás –a menudo, como yo– que es bastante incómodo ser chico. Por empezar, hay que pasarse buena parte del día con la cabeza levantada, como si uno viviera en un mundo de gigantes. Por eso, me gusta cuando mi papá se sienta junto a mí o cuando mi mamá se arrodilla para darme un

beso: entonces puedo ver nítidamente el color de sus ojos. A veces, me parece que todo pasa siempre muy por encima de mí y me siento como perdido entre rascacielos, especialmente cuando no alcanzo a comprender los porqués de ciertas actitudes de los mayores.

En esos momentos, soy un “niño envuelto”. Por supuesto, no uno de esos que se preparan en las cocinas, recubiertos con una feta de carne o con la hoja de un repollo; no, señor, no soy plato de ningún menú... aunque me parece que existe una gran semejanza entre ambos. Veamos: los dos somos niños y a los dos nos envuelven. A él, con carne o con hojas; a mí... bueno, me resulta difícil confesarlo pero tengo que atreverme: a mí también “me envuelve” la gente grande todos los días... (En fin, *todos* los grandes no, algunos se salvan de esta afirmación. Pero son tan pocos...) ¿Y que cómo “me envuelven”? Pues con sus hermosas mentiras, que me confunden, por más buena intención que tengan al ocultarme algunas verdades... con sus prohibiciones del tipo “¡porque no!”, de las que jamás logro entender las causas... con sus risas incomprensibles (para mí) cuando consideran sin importancia ciertos sufrimientos míos... con sus comparaciones del estilo “cuando yo tenía tu edad...”. (—Entonces era 1950... o 1934... o 1907... ¡y ahora estamos en 1981! —pienso. Pienso y me callo.) Sintetizo: qué complicado es criar a los padres, a los abuelos, a todos los grandes en general, ¿eh? Y para que compruebes —por si no te pasa lo mismo— cuánto de cierto hay en lo que te digo, te voy a contar unas cuantas cosas...